

dad de Como con el castillo de Milan hasta el pago completo de 900,000 ducados, la mitad en dinero contante y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa Rávena y Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300,000 ducados además, y se tuvo cuidado de los desterrados y refugiados.

Génova, Luca y Siena permanecieron libres; Federico, señor de Mantua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos Quinto y tío de Francisco I, había conseguido guardar la neutralidad entre ellos, y se aprovechó sin pérdida de la victoria. Alfonso de Ferrara había enviado después de la muerte de Julio II embajadores á Leon X, entre cuyo número estaba el Ariosto, y obtuvo la paz; pero le era perjudicial, en atención á que queriendo Leon procurar á los suyos un gran Estado, se esforzaba en adquirir Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya con secretos manejos. Su muerte sacó á Alfonso *ab ungue leonis*, como lo hizo grabar en una medalla; habiéndole recibido bien el emperador en aquellas circunstancias, le adjudicó Módena y Reggio; por su parte, el papa le concedió la investidura de Ferrara mediante 100,000 ducados.

Coronación de Carlos Quinto, 1530.—Cinco meses permanecieron el pontífice y el emperador bajo el mismo techo, tratando de sus asuntos en persona. Ya fuese por remordimiento, ó por la vergüenza de ver á Milan y Roma en el deplorable estado á que

estaban reducidas, Carlos recibió en el mismo Bolognia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador de Alemania coronado por un papa. En efecto, desde el momento en que la dominación pertenecía á la espada, ¿qué significación podía tener aun una coronación hecha por el representante de la Italia? Cansados y desanimados sus habitantes, se dedicaron á adular á Carlos Quinto sin cesar de repetir que nunca se hubiera podido imaginar tanta afabilidad y cortesania con el autor de tan horribles desastres.

De esta manera la union de los poderosos consumaba el envilecimiento de la Italia que había comenzado con sus discordias. Ya no existía equilibrio entre los pequeños Estados, avasallados al emperador ó debilitados. Asustado el papa con los progresos de la reforma, dirigió la mano á aquel imperio que sus predecesores habían hecho temblar tantas veces; y mientras que la oposición regular del papado había fundado su gloria y grandeza en lo pasado, cambió de divisa, y se colocó en el partido de los gibelinos, que en adelante decidieron del porvenir de la Italia. Si hasta entonces había tenido que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad de una nación, vió entonces establecerse en su territorio una administración absurda, principios disolventes, opresión sistemática del pensamiento, del talento y de la industria.

CAPÍTULO VII

RESTABLECIMIENTO DE LOS MÉDICIS.— TERCERA GUERRA ENTRE CÁRLOS QUINTO Y FRANCISCO I.— ÚLTIMOS ESFUERZOS DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

Florenzia, que era la única que no había sido comprendida en el tratado de paz general, fué lo que quedó de la independencia italiana. Después de la muerte de Lorenzo de Médicis, último descendiente de Cosme, padre de la patria, los florentinos habían solicitado de Leon X les devolviese la libertad; pero él envió allí al cardenal Julio (26 abril de 1519), bastardo de su casa, que prometió no abrogarse el nombramiento en los empleos, ni ninguna otra prerogativa señorial. En efecto, consiguió el afecto general, y los mismos que deseaban la libertad de su patria no le odiaban; pero como los partidarios de los Médicis tenían la superioridad y tiranizaban á los demás ciudadanos, no se conseguían los empleos sino favorecidos por ellos. Clemente VII envió después á Florenzia á otros dos bastardos, á Hipólito, hijo de Julian, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, y á Alejandro á quien Lorenzo, duque de Urbino, había tenido de una esclava. Florenzia, que había perdido su importancia propia, se encontró arrastrada por la fortuna y política de los Médicis, precisada á seguir su suerte y proporcionar hombres y dinero segun los caprichos de Clemente VII. En la época en que el condestable de Borbon se adelantaba hácia Roma, los vecinos de Florenzia pidieron armas para defenderse; y viendo que se les negaban, lanzaron su antiguo grito de *¡Pueblo y libertad!* pero pronto fué sofocado.

La constitución de aquella república no comprendía bajo la misma igualdad á los nobles y plebeyos, á la ciudad y á los campos. Distinguiáanse entonces en Florenzia los *sopportanti*, ciudadanos contribuyentes, es decir, que pagaban la décima parte de sus bienes, y los no *sopportanti*, que vivían de su trabajo. Entre los primeros, había algunos que no eran admitidos en el consejo, ni en los oficios ó magistraturas; solo gozaban de los dere-

chos de ciudadanía y eran nombrados para los oficios aquellos cuyos antepasados, habían tenido participación en los tres empleos mayores de la señoría, del colegio y de los hombres buenos. Entre los admitidos ó *statuali*, se decía que estaban por la mayor, los inscritos en las artes mayores, y por la menor, los que pertenecían á las catorce artes inferiores. Otros pagaban las contribuciones de Florenzia; pero vivían en el campo, y se les llamaba salvajes (*salvatichi*) (1).

El gonfalonero Nicolás Capponi, hombre de recto corazón, no tenía bastante energía ó talento para reprimir la violencia de los *arrabbiati*: se liasonjeó, pues, de contenerlos con ayuda de los grandes, esperando que podría entenderse con los Médicis, lo que no era más posible que poner á los grandes acordes. Se había puesto á la cabeza de los *palleschi*, y de los *piagnoni* de Savonarola. Baltasar Carducci y Dante de Castiglione, capitaneaban la facción popular, que haciendo mucho ruido quería oponer el odio general á la vuelta de los Médicis (2).

La peste, que se había cebado en Florenzia como en el resto de Italia, aumentó las miserias públicas, haciendo en la ciudad durante tres meses unas trescientas víctimas diarias, y doscientas cincuenta mil en todo el Estado; fray Bartolomé de Ficaya recorrió el país predicando la penitencia, como lo había hecho Savonarola, y la señoría decretó procesiones públicas, y con todos los mag-

(1) Véase VARCHI *Historias*, al fin del libro III.

(2) Puede decirse con verdad que maese Baltasar Carducci, enemigo de los Médicis, hizo más á favor de su vuelta á Florenzia, que el mejor amigo de aquella familia. F. VETTORI, *Sommario della hist. d' Italia* desde 1511 á 1527.

nates descalzos salió á recibir la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Impruneta. El mismo Capponi, antiguo discípulo del fraile mártir, hizo oír en el gran consejo el lenguaje de su maestro. «Al concluir se prosternó en tierra, exclamando en alta voz ¡Misericordia! y á ejemplo suyo todo el consejo exclamó: ¡Misericordia!» (VARCHI). Después, á proposición suya fué elegido Cristo por rey perpétuo. Su devoción no le impedía pensar tanto como podía en la administración, las rentas y la justicia. Secundando el celo público, organizó una milicia urbana de cuatro mil ciudadanos de familias admitidas á participar del gobierno, y se ocupó en completar las fortificaciones de Florencia; pero de qué podían servir pequeñas medidas en el interior, cuando los destinos de la Italia se decidían fuera?

Hubiera sido ventajoso á los florentinos declararse en favor de Carlos Quinto que tenía prisionero á su enemigo el papa; pero detestando la arrogancia española y acordándose de que Savonarola solía decir que las lises debían florecer con las lises, permanecieron fieles á la Francia, sin conocer que esta potencia procuraba (como le sucedía con frecuencia) comprometer á los demás países para salvarse á sí misma. En efecto, nada estipuló en su favor cuando hizo su tratado de paz; después, con el objeto de que Florencia no fuese la única que tuviese una existencia propia en medio del anodamiento general, en el momento en que el emperador se alejaba de la Italia pacificada para no oír nuevos gemidos, envió la hez de sus tropas manchadas con la sangre y la rapiña de diez años á apagar en la capital de la Toscana el último soplo de la facción güelfa. Bajamente vendida por el rey de Francia, que no cesaba de animarla con promesas (3), envió al emperador para quejarse, y

(3) Carducci, embajador en la corte de Francia en 1529, escribió: «Como apuraba yo muchas veces al rey para que recordase el afecto y fidelidad de vuestra señoría con respecto á él en aquellos casos, me ha espesado con tanta fuerza las obligaciones que cree deberles, que no se podría decir más; afirmándome que no quisiera nunca hacer ningún arreglo, sin ventaja total y conservación de esta ciudad, que considera como si fuera suya. Ultimamente, monseñor, el gran maestre, á quien recordé las mismas cosas, me ha repetido iguales discursos, y dado las mismas seguridades, diciéndome: Señor embajador, si veis que el rey verifica algún arreglo con el emperador sin que esteis comprendido y nombrado en él en primer lugar, decid que no soy hombre de honor y hasta que soy un traidor.»

La correspondencia de Carducci, que se encuentra en el archivo de Gino Capponi, es de inmensa importancia. Vese por la carta del 3 de agosto cuán poca confianza tenía en la diplomacia francesa: «Estos franceses están colocados en grado tan inferior á los imperiales, que les es necesario recibir y aceptar las condiciones que se les dictan. Sin embargo, habiendo recibido siempre del rey y de estos señores una esperanza que raya en certeza de ser incluidos bajo condiciones honrosas y admisibles, no he querido que Vuestras Señorías desesperen.» El 5 del mismo mes decía:

«declarar que estaba pronta á consentir en cualquier arreglo, con tal que se le conservase su independencia. Pero habiéndose burlado de los enviados, como de mercaderes, más bien que no honrado como embajadores, y antes engañados que escuchados» (4), no obtuvieron otra satisfacción que la de ser entregados á merced de Clemente VII, el mayor enemigo de Florencia.

No quedó ya, pues, á aquella república otra esperanza que ella misma. El pueblo, que hacia tantos años habia perdido la costumbre de pelear para entregarse exclusivamente al comercio y á la industria, se armó de resolución: rechazó las condiciones de servidumbre, y sitiada por todos los príncipes conjurados para destruir las antiguas constituciones, se mostró digna de fijar la atención general con hechos que sólo la injusticia de los tiempos posteriores ha podido únicamente no señalar entre lo que la historia cuenta de más heroico. Nicolás Capponi, que prefería las vías honorables de conciliación á una inútil resistencia, perdió el favor del pueblo: no sólo se le denegó públicamente (5), sino que hasta se le procesó por

No puedo manifestaros sin disgusto, magníficos señores, la determinación impia é inhumana del rey y de sus agentes en este tratado de paz, faltando á mil promesas, y juramentos de no concluir cosa alguna sin la participación de los oradores, de los adherentes y de los coligados. A pesar de todo, sin contar con ninguno de nosotros, esta mañana han publicado solemnemente el arreglo y la paz, sin incluirnos en ella; de suerte que ninguno ha podido (los embajadores de Venecia están en igual caso) dejar de mostrar á estos señores su injusticia y la mala recompensa que han dado á tanta fe, á tantos gastos, á tantas molestias como tenemos sufridas por la corona de Francia; conducta que quedará como *perpetuo recuerdo á nuestra ciudad y á toda Italia, de la fe que debe tenerse en las alianzas, promesas y juramentos franceses.* A estas quejas contestó el Gran Maestre (Montmorency): «Queréis, pues, impedir que recobremos á nuestros hijos? Cuidad, no sea que en vez de un enemigo contéis con dos.» Esto me trae á la memoria la última seguridad dada por el rey, que oyó M. Bartolomé Calvacanti como por una carta suya habian visto VV. SS. con la cual hubiera engañado á cualquiera, pues juró en términos explícitos que sin incluirnos no se averdria jamás con César, y que prefería perder á sus hijos á faltar á lo prometido á vosotros, sus confederados.

4) VARCHI.

(5) Una carta de Busini de 31 de enero de 1549, que no se halla entre las publicadas en Pisa, dice: «Nicolás Capponi no quiso nunca que se fortificase el monte de San Miniato; y Miguel Angel, que es hombre en extremo verídico, dice le costó mucho persuadir á ello á los otros sujetos principales, no logrando convencer jamás á Capponi; sin embargo, empezó de la manera que sabeis, y Nicolás le quitaba las obras y las enviaba á otro punto. Cuando tomó asiento entre los Nueve, le mandaron dos ó tres veces fuera, y á su vuelta encontraba siempre el monte sin defensa, lo cual le hacia gritar, así por su reputación comprometida como por el magistrado que tenía. Ponia de nuevo manos á la obra, hasta dejarla en estado de poder resistir si venia el ejército. Por este y otros motivos creo que Nicolás se hallaba persuadido de que el Estado se convertiría, no en

haber mantenido inteligencias con el papa; y aunque absuelto de toda sospecha de traición, no por eso dejó de ser depuesto, pues en las fiebres populares no se quiere la prudencia que modera, sino la violencia que empuja. Los florentinos le sustituyeron Baltasar Carducci, y animados por los *arrabbiati* y los *piagnoni*, se preparaban á hacer los últimos esfuerzos. Ya habian hecho el alistamiento general de una milicia civil en toda la ciudad» (6), y restableciendo las bandas de la *ordenanza*, que ascendieron á diez mil hombres, lo selecto del territorio, bien armados y mejor disciplinados que lo que se podía aguardar de gente poco aguerrida: fué una salvaguardia para la tranquilidad pública contra los atentados de los partidos extremos (7). Miguel Angel Buonarroti, como en otro tiempo Arquímedes en su patria, dirigia las fortificaciones y colocaba baluartes en la ciudad; Hércules de Este, hijo del duque de Ferrara y cuñado del rey de Francia, fué nombrado capitán general (8); Malatesta Baglioni, señor de Pe-

trania, sino en gobierno de unos pocos, como deseaban casi todos los ricos, parte por ambición, parte por necesidad, como Pedro Salviati y su hermano, parte por dependencia, como Ristoro y Pedro Vettori, y añade que desde entonces no quiso ya bien á Nicolás ni éste á él.»

Otra carta de Busini, incompleta en la edición de Pisa, pero que Gaye inserta por completo, refiere los motivos de la fuga de Miguel Angel, que tantas inculpaciones ha valido á este: «He preguntado á Miguel Angel cuál fué la causa de su partida; y me contestó, que siendo uno de los Nueve, y habian invadido el territorio las tropas florentinas, Malatesta, el señor Mario Orsini y otros jefes, los Diez pusieron los soldados por los muros y baluartes, asignando á cada capitán su sitio, y distribuyendo víveres y municiones; entre otros, dieron ocho piezas de artillería á Malatesta para que les custodiase y defendiese parte de los baluartes, del Monte, el cual las colocó, no dentro, sino al pié de los baluartes, sin ninguna guardia: lo contrario hizo Mario. Miguel Angel, que volvia á ver, como magistrado, aquel punto del Monte, preguntó al señor Mario: ¿cuál era la causa de que Malatesta tuviese tan descuidada su artillería? A lo que contestó el señor Mario: sabe que éste descendiende de una familia en la cual todos han sido traidores, y tambien el hará traición á esta ciudad. Respuesta que le atemorizó en términos de decidirse á partir, por miedo de que la ciudad cayese en poder del enemigo y EL CON ELLA. Habiendo formado tal resolución, encontró á Reinaldo Corsini, le descubrió su idea, y Reinaldo le dijo con su natural ligereza: Yo os seguiré, etc.

(6) NARDI.

(7) La Provision de aquella milicia fué dada á la estampa con este verso de Virgilio:

Aeneada in ferrum pro libertate ruabant.

(8) «Las bases principales fueron: que don Hércules, hijo primogénito de don Alfonso, duque de Ferrara... fuese, aunque muy jóven aun, capitán general de todas las tropas de la república florentina, tanto de á pié como de á caballo, durante un año... con toda aquella autoridad, honores y comodidades que acostumbran tener los capitanes generales de la república florentina; que la escolta se compusiese de doscientos hombres de armas, con 100 florines de *grosso* y retención de un siete por ciento anual para

rusa y otros afamados caudillos entraron al servicio de la república; empréstitos forzosos, la plata de las iglesias y de los particulares, las pedrerías de los relicarios, la tierra de los eclesiásticos y de los gremios, vendidas ó empeñadas, proporcionaron el dinero necesario; nueve comisarios, investidos con plenos poderes se encargaron de dirigir la guerra (9).

cada hombre de armas, que deberian pagarse por cuartas partes y siempre una de éstas adelantada; asignándose á la ilustrísima persona de S. E., la pensión de 9,000 florines de *carlinos*, sin retención alguna, que se pagaría en igual forma. S. E. estaria obligado á convertir la mitad por lo menos de los doscientos hombres de armas, y los más que gustase, con tal de manifestarlo en el espacio de veinte dias, en soldados de caballería ligera, á razon de dos de éstos por cada hombre de armas. Que todos los años se le pagasen 4,819 florines y ocho sueldos de oro en oro del país, y esto por la mala condicion de los tiempos y en la grande escasez que reinaba en Italia. Que cada hombre de armas estuviese obligado á tener en época de guerra tres caballos, una lanza, una coraza y una acémila; y en época de paz los dos principales solamente, sin la acémila. Que cuando hubiese guerra, y siempre que la ciudad tomase á sueldo á lo menos dos mil infantes, le debería dar, cabalgando él, una compañía de mil peones, sin obligacion de revistar más de ochocientos; y si aquella tomaba á sueldo menos de dos mil, él daría á prorata los peones que le correspondiesen. Que se le pagasen mensualmente, en tiempo de guerra, 100 florines de oro del país, y en tiempo de paz 50, para poder mantener cuatro jefes de infantería á su elección. Que todo el dinero de estas pagas se le entregase. Que donde quiera que, cabalgando él, le fuese señalada su residencia, se le señalasen asimismo leña y forraje, y además, á su vuelta las cubiertas sin ningun coste. Quiso tambien, y así se decretó, que los señores Diez se obligasen, en nombre de la magnífica y excelsa señoría de Florencia, á no conferir título ni grado alguno, durante su mando, á nadie que no fuese, si no superior, á lo menos igual á él. Por su parte S. E. se obligó á servir con su persona y al frente de las tropas, tanto en favor como en contra de cualquier Estado ó príncipe, siempre y cuando lo exigiese la señoría, por medio de los Diez ó de su comisionado general; en la inteligencia de que los señores florentinos habrian de entregarle el baston y la bandera de capitán general con las patentes y letras de tal dignidad. VARCHI, *Storie florentine*.

(9) El podestá escribia á Baltasar Carducci el 12 de marzo de 1530: «Estamos aquí, como de costumbre, muy gustosos, confiando no solo en la ayuda de Dios, sino tambien en las buenas medidas que se han tomado, tanto respecto de las fortificaciones y de la tropa, como de lo demás; y no conjeturamos pueda dañarnos otra cosa que lo largo del tiempo, si bien tenemos decidido resistir mientras nos dure la vida; todas nuestras facultades emplearemos antes que soportar el yugo de la tiranía. La conducta de nuestros ciudadanos es digna sin duda de los mayores elogios, pues á pesar de tantas molestias, no hay gravámen que no sufran por conservar esta libertad, cuya dulzura es más grata á proporcion que es mayor la guerra que se le hace. Todos acuden á trabajar con sus manos en las fortificaciones de la ciudad. De suerte que, hallándose ésta en el dia bien fortificada, no tememos á nadie; y con la firme resolución de no perdonar medio ninguno, pensamos resistir hasta que se abra algun respiradero á nues-

Estas eran excelentes medidas, pero tardías, cuando las armas y la servidumbre se habían abierto ya tan ancha senda. La defensa hubiera sido posible cuando la venida de Carlos VIII, ó cuando Pedro Capponi amenazaba echar á vuelo las campanas; lo hubiera sido también bajo la influencia de Savonarola, y cuando los Médicis no habían adquirido aun tanta audacia bajo la triple influencia del oro, del acero y de la cruz. Pero entonces la libertad tenía en su contra el odio de las provincias mal administradas, el descontento de los grandes oprimidos por el pueblo, y la inmensa turba de los hombres serviles, cuya habilidad secular había sabido corromper hasta lo bueno que había en las instituciones. El amor a la patria, santificado como una religión por las predicaciones de fray Bartolomé, las nobles virtudes guelfas, reanimadas en el corazón de la juventud, un valor inesperado en una población de mercaderes, no podían hacer más que la caída fuese decorosa, siendo imposible resistir á los esfuerzos conjurados de las armas, de la traición y de la fortuna (10).

Reconciliado el duque de Ferrara con el papa, le proporcionó artillería, en lugar de enviar á su hijo á pelear contra él. Podía contar poco con la fidelidad de tropas mercenarias, que parecían temer más vencer, que ser vencidos; y no podía esperar ningunos socorros de la Italia, cansada de luchas y asustada con la victoria. Baglioni, nombrado capitán general, era un guerrero muy hábil, pero «impío, muy cruel, manchado con todos los vicios y todos los crímenes;» (11) además había hecho traición otra vez á Florencia. Clemente VII dirigió entonces sobre su patria aquellas mismas bandas feroces, de las que tan cruelmente había tenido que sufrir. Se adelantaron á las órdenes del príncipe de Orange, que, «aunque detestase sin consideración la avaricia del papa y la injusticia de aquella empresa, había declarado que no podía abstenerse de continuarla sin haber restablecido

tra salvación. Debemos dar gracias á Dios de que, teniendo dentro de los muros tanta gente extranjera, no haya sobrevenido ninguna de las desgracias acaecidas á otras ciudades sitiadas; por el contrario, se ha engendrado tanto amor y benevolencia entre los soldados y nuestros jóvenes, que parecen hermanos, y entre los extranjeros se ve tanta prontitud en correr á nuestra defensa, que parece combaten no menos por sus intereses que por los nuestros. Lo cual resulta de que se hallan muy bien pagados y de que todos les muestran singular afecto; esto, añadido á las malas pagas del enemigo, hace que muchos abandonen diariamente sus filas y se pasen á las nuestras. Así nuestra infantería ha llegado á tal perfección, tanto en cantidad como en calidad, que si saliese á campaña haría temblar á toda Italia.»

(10) Si Clemente VII, enfermo entonces, hubiera muerto, y si Ferruccio hubiese, por el contrario, sobrevivido, hubieran concluido los Médicis, y nunca hubieran dominado en su patria.

(11) VARCHI.

á los Médicis.» (12) Las plazas se rindieron una después de otra; los partidarios de los Médicis abandonaron su patria, entre estos, Guicciardini que como varios otros de las principales familias esperaba consolidar una aristocracia sin conocer que la elevación de aquéllos debía fundarse en la humillación de los nobles y que llevó al enemigo el socorro de sus talentos políticos, más útiles desde la muerte de Morone, que se había deshonrado, poniendo al servicio de los enemigos de la Italia consejos que en otro tiempo había dirigido contra ellos. El patriotismo sostenía á los florentinos: Savonarola parecía revivir en los frailes Benito de Foyano, Zacarias de Fivizzano y Bartolomé de Faenza, que prometían la victoria y ejército de ángeles protectores de los valientes, así es que los ciudadanos empleaban en defenderse un ardor estremado. Las casas de recreo, este delicioso adorno de los alrededores de Florencia, habían sido arrasadas, y se veían los naranjos y los olivos ser llevados á la ciudad para añadir á la solidez de las fortificaciones. Después de la misa mayor celebrada en la plaza de San Juan, se hizo prestar juramento á los hombres de ordenanza que ninguno de ellos abandonaría á sus camaradas, y que defendería la libertad hasta el último extremo. En efecto, «aunque hubiese entre ellos muchos licenciosos y de malas inclinaciones, en vista de que estaban divididos en su opinión y pertenecían á diferentes partidos, se abstenerían por tanto de llegar á las manos unos contra otros, é injuriarse de palabra; diciendo que no era el momento de hacer locuras; desembaracémonos primero de esta gente, y después ventilaremos nuestros asuntos.» (13)

En las primeras escaramuzas con el príncipe de Orange se vió señalarse á Francisco Ferruccio, ardiente patriota y tipo de los héroes ciudadanos. Supo sostener la abundancia en la plaza, y lo que es más, la disciplina entre los soldados. Enemigo de los partidos medios que arruinan y no salvan, cometió varias crueldades; habiendo vencido á Volterra «después de la victoria mandó ahorcar á catórces españoles que cogió prisioneros;... se apoderó luego de los bienes de los ciudadanos y de la plata de las iglesias, y prohibiendo bajo pena de la vida que saliese ninguno de la ciudad, alojó á los soldados en sus casas con maneras ásperas é insolentes... Empleó mucho rigor á fin de hallar dinero, y con este motivo hizo ahorcar á dos ciudadanos en la ventana del palacio donde tenía su residencia.» (14) Mandó que se ejecutase lo mismo en las murallas con un trompeta que le envió el general Maramaldo; durante el suplicio, los soldados se burlaban, imitando con una especie de maullido el nombre de aquel capitán. Ferruccio se proponía atacar á Roma, ganar á los alemanes y

(12) GUICCIARDINI.

(13) VARCHI.

(14) SEGNI, *St. flor.*, lib. IV.

coger prisionero al papa (15); y es seguro que si Florencia se hubiera atrevido á confiar la dictadura á este caudillo, á Carducci ó á otro de sus ciudadanos, las cosas hubieran adelantado más que colocándose en la necesidad de satisfacer las exigencias de los jefes de bandas, no acostumbrados á obedecer á otros que á los príncipes. Los españoles, mirando en los florentinos mercaderes y no guerreros, se negaban á combatir con ellos como iguales; no aceptaban sus desafíos ni querían venir en su rescate cuando los hacían prisioneros. Habiendo sido cogido Ferruccio en la desgraciada jornada de Gavinana, donde pereció el príncipe de Orange, fué herido por Maramaldo y muerto por los demás.

Entre tanto los padecimientos eran horribles; se comía de todo; «los gatos tenían un precio bastante subido, los ratones formaban el alimento de la gente pobre, y los asnos se comían en los convites sin probar el vino» (SEGNI). Era ya difícil adoptar un partido en medio de circunstancias tan graves, y en tal confusión. Los partidarios de los Médicis tenían inteligencias en la plaza, y cuando Baglioni vió que no tenía nada que esperar de la república, la vendió. El dux de Venecia dijo, leyendo el tratado que aquel jefe mercenario había concluido con el papa: *Ha vendido al pueblo, la ciudad y la sangre de esos pobres ciudadanos, onza á onza; y se ha acreditado de ser el mayor traidor del mundo.*

Vióse, pues, precisada Florencia á capitular, estipulando que las personas y la libertad quedarían en salvo. Pero pronto se eligió una *baillia*, compuesta exclusivamente de los partidarios de los Médicis (Bartomé Valori, Guicciardini, Vettori, Roberto Acciajuoli); la campana, que por última vez había convocado al pueblo para hacerle aprobar lo que habían dispuesto sus vencedores, fué hecha pedazos; comenzaron los procesos y tormentos; á los más respetables patriotas se les cortó la cabeza en el patio del jefe de policía; fray Benito fué enviado á Roma para morir allí de miseria y de malos tratamientos, no menos que de sed y hambre (16). Muchos ciudadanos fueron desterra-

(15) Encontramos un hecho nuevo, á saber, que se reclamó la asistencia de los turcos durante el sitio de Florencia. El embajador Cornaro escribe á la señoría de Venecia: «No quiero dejar de deciros, que estos señores se informan sin cesar de mí, de lo que hace el monarca turco, manifestando que tienen en él gran esperanza. Ayer he recibido una carta de Ragusa, anunciando que esta potencia prepara un numeroso ejército de tierra y mar, y que ha enviado ya á la Vallona cien galeras y cien balandras. Esta noticia ha causado una viva satisfacción á toda la ciudad, de manera que se puede estar casi cierto, de que estos señores han hecho conocer al turco la necesidad en que se encuentran: se me ha hecho también por buen conducto una confianza sobre este punto.» *Relazioni Venete*, série II, tomo I, 279.

(16) «No le sirvió haber humildemente espuesto al

dos, y á otros se les confiscaron sus bienes. Declaró enseguida Carlos Quinto que restituía á Florencia sus antiguos privilegios, á condición de que reconociera por duque al bastardo Alejandro de Médicis, con quien había casado á su hija natural. La *baillia* le proclamó bajo esta cualidad, hereditaria para él y sus descendientes, y se impuso como un deber el aplaudir esta elección.

Lo que quedaba de la antigua libertad incomodaba aun á aquellos que se habían atraído la execración de sus conciudadanos. Felipe Strozzi pedía al papa Clemente que acabase con lo que quedaba del gobierno popular. Vettori aconsejaba no fiarse más que de los soldados mercenarios, añadiendo: *Pero el verdugo vale más que ellos*; Acciajuoli era de parecer de favorecer á los enemigos de los Médicis, así como á la ciudad, y simular conjuraciones con el objeto de irritar al emperador; Guicciardini dice á Clemente VII que en vano trataría de hacer popular el nuevo gobierno, y que en su consecuencia sería más provechoso comprometer á los ricos y gentes ilustradas con el pueblo, con el objeto de que no encontrasen otro medio de salvación que el apoyarse en los Médicis (17).

papa que era capz; si su santidad tenía á bien concederle la vida, de componer una obra en la cual refutaría con claridad y con pasajes de la Divina Escritura, todas las herejías luteranas.» VARCHI, libro XII.

(17) Desgraciadamente para la reputación de Guicciardini, se ha dado publicidad á un *Discurso sobre el gobierno de Florencia*, de que es autor, y se espresa en él de esta manera: «Dos me parecen ser las principales dificultades: la primera, es que este Estado tiene en su contra, en el más alto grado, los ánimos de la mayoría de la ciudad, que en general, no podrían ganarse por amabilidad y beneficios que se les hiciesen; la segunda, es que nuestra dominación está constituida de tal manera, que no puede sostenerse sin grandes rentas; ahora bien, el origen principal existe en la misma ciudad, y está de tal manera debilitada, que si no se trata de aumentar la industria que ha conservado, todo se perderá algún día. Es, pues, necesario considerar bien esto. Esto también es lo que ha impedido usar varios remedios enérgicos apropiados á la primera dificultad: si la razón que se acaba de decir no se hubiese opuesto á ello, hubiera sido preciso renovarlo casi todo, en atención á que no es útil ni razonable tener lástima de los que han hecho tanto daño, y que se sabe obrarían peor que nunca, si lo pudiesen. Pero cuantas más rentas tiene la ciudad, más poderoso es el que es jefe de ella, con tal que sea su amo; ahora bien, disminuir todos los días las rentas con exenciones concedidas á sus súbditos, es cosa mal entendida.

»Me parece que es preciso navegar por entre estas dificultades, recordando siempre que es necesario sostener la ciudad en un estado de exaltación, con el objeto de poder servirse de sus recursos, y que lo que por este motivo se quisiera reservar para otro tiempo, sea una dilación, y no un olvido, es decir, no cesar nunca de marchar rectamente al objeto que una vez se haya uno propuesto, y no perder aguardando ninguna ocasión de establecer bien á sus amigos, es decir, hacerse partidarios; porque en el caso á que los hombres están aquí reducidos, es preciso que caminen por sí mismos; que propongan y hagan todo lo que se di-

Clemente VII, cuyo principal cuidado era encadenar los destinos de Florencia á los de su familia, no podía hacer nada mejor que confiar á aquellos cobardes ciudadanos el cuidado de reformar el gobierno de su patria (18). Lo verificaron

rija á la seguridad del Estado, sin aguardar á ser impulsados á ello, como se hace tal vez en la actualidad. Es cierto que los amigos son poco numerosos; pero se encuentran en tal posición, que, si no están enteramente locos, saben que no pueden permanecer en Florencia, mientras que la familia de los Médicis permanezca allí. No sucederá con nosotros, en efecto, como con los del año 34, que tenían enemigos particulares, y se encontraron libres en el espacio de doce ó quince años del mayor número de ellos. Tenemos por enemigo á todo un pueblo, y á la juventud más que á los ancianos; de lo que se sigue, que debemos temer durante cien años, y que nos vemos precisados á desejar toda medida que asegure nuestra posición, cualquiera que sea su naturaleza.

Los medios de constituir una masa sólida y segura de amigos nuevos y antiguos no son fáciles: no vitupero los compromisos por escrito y otras semejantes declaraciones; pero esto no basta. Es preciso que los honores y ventajas se concedan de manera, que cualquiera que tenga parte en ellas, sea odiado por la generalidad, hasta el punto de creer que no existe su salvación bajo el régimen popular; como esto no consiste tanto en estender ó restringir al gobierno un poco más ó menos, á sujetarse á los antiguos ejemplos ó á encontrar otros nuevos, como en arreglarse de tal suerte, que resulte este efecto; es á lo que la pobreza y las malas condiciones en que nos encontramos oponen gran dificultad.

No veo que llegando enteramente á la forma de un principado se obtenga ni más poder, ni más seguridad; esta es una de aquellas cosas, que si estuviere por hacer, la creeria casi hecha por sí misma, si se pudiesen proporcionar miembros en relación con la cabeza, es decir, hacer feudatarios en el Estado, en atención á que atraerá todas las cosas á sí proporcionaria pocos amigos: pero no veo cómo podría efectuarse esto en la actualidad, sin desorganizar las rentas y destruir la industria de la ciudad. Con tal escasez de medios, me parece conveniente, después de haber destruido, sin que puedan volver á existir, los consejos y sus charlatanías, elegir por el momento una bailía de doscientos votos, no teniendo entrada en ella más que personas de confianza.

En suma, quisiera que todas las cosas caminasen con arreglo á esta máxima, que no se debe hacer ningún bien al que no es de los nuestros, excepto á aquellos á quienes se necesita, y con sólo el objeto de sacar la mayor utilidad y provecho posibles. Todos los demás medios, no sólo deben desecharse, sino que son dañosos. *Carta de Pr. á Pr. XIII, 124.*

(18) El papa decía á Nerli, que se hallaba entonces en Roma: «Dirás de nuestra parte á esos ciudadanos, á los cuales juzgues poderte dirigir, que el tiempo nos ha reducido á últimos de la vida, y que hemos resuelto dejar tras de nosotros asegurado el estado de nuestra familia en Florencia. Dí, pues, á esos ciudadanos, que piensen en un gobierno tal, que tengan que correr con él los mismos peligros que nuestra casa, y que lo organicen de modo, que no les pueda suceder lo que en 1494 y en 1527, á saber, que seamos los únicos echados, y que los que gozaron con nosotros de las ventajas del poder permanecieron en su casa, como sucedió. Es preciso, en fin, que las cosas se

suprimiendo la distinción entre las artes mayores y menores, proclamando iguales á todos los ciudadanos en derechos, y no repartiéndose los empleos por barrios. De esta manera, con la abolición de los privilegios, que son el último refugio de un pueblo oprimido, dieron á Alejandro de Médicis la libertad de ser un monstruo.

Francisco I, que había vergonzosamente sacrificado la Italia en ventaja propia, no pudo, una vez fuera del peligro, resignarse á la pérdida del Milanesado. Con el objeto de contrariar á Carlos Quinto, prestó socorro á los protestantes de Alemania, y á la liga de Smalkalde (1532). Trató de unirse á Enrique VIII y á Clemente VII, llegando, para separar al pontífice del emperador, hasta pedir para su hijo segundo la mano de Catalina de Médicis: éste era para aquella familia un acontecimiento tan glorioso, que el mismo papa fué á Marsella á tratar el asunto en persona.

El rey mandó también á Milan á un tal Merveille, encargado de hablar á Francisco Esforcia, con el mayor secreto, para que entrase también en una liga. Prestó oído el duque de Milan á sus sugerencias, pero temiendo siempre á sus amos (1533), apenas tuvo la primera sospecha de ser descubierto, cuando hizo poner preso y decapitar al emisario francés bajo pretexto de un asesinato. Murió él también poco después (1535) sin ser sentido, y el emperador ocupó el ducado como feudo vacante. Indignado entonces el rey cristianísimo con el asesinato de su embajador, resucitó sus pretensiones, á las cuales no había renunciado en el tratado de Cambray, sino en favor de Esforcia, y se apoderó de los bienes de Carlos III, duque de Saboya, apellidado el Bueno, que se inclinaba á los imperiales.

Con el objeto de no tener que sostener un gran ejército, había organizado Carlos Quinto una liga entre todos los Estados de Italia (1536), que, excepto Venecia, debían proporcionar un contingente á las órdenes de Antonio de Leyva, mientras que las bandas, sanguinarias y dadas al robo de los *bisogni*, se enviaban á Morea y á Sicilia. A la vuelta de su expedición á Tunez, de donde volvió cargado de gloria y deudas, se le informó de las noticias de Francia, estalló en invectivas, renovó su desafío al rey, y quiso reducir á Francisco I á ser el más pobre caballero de su país. Para conseguirlo con prontitud, concentró en Lombardia alemanes, españoles é italianos; y preparándose á invadir la

arreglen de tal manera, que si el Estado debe perderse, todos suframos igual suerte. Ahora bien, dirás claramente á esos ciudadanos, y de manera que lo entiendan, que esta es nuestra intención y nuestra firmísima voluntad. Con respecto á las demás cosas, permitiremos voluntariamente, como es justo y razonable, que se arreglen lo mejor posible, para que nuestros amigos (los que quieren correr la suerte de nuestra casa) saquen de su posición las ventajas que corresponden equitativamente como justa parte á cada uno.»

Francia, dividió los grandes señoríos entre los suyos; dijo á Pablo Jove: «Prepara tu pluma de oro, porque voy á darte mucha materia para escribir.» Sin embargo, un prisionero francés, á quien preguntaba cuántas jornadas había desde la frontera hasta París, le contestó: «Doce, pero doce jornadas de batalla.» Los astrólogos habían anunciado que Leyva estaba destinado á conquistar la Francia; Carlos Quinto le confió, contra el parecer de sus más experimentados consejeros, el mando del ejército que invadió la Provenza; pero los imperiales encontraron el país sin habitantes, las fortificaciones desmanteladas y los víveres destruidos; debilitados entonces por el hambre, y «habiéndose conocido lo que es habérselas con los franceses en su territorio, defendiendo sus mujeres, hijos, hogares é iglesias» (DU-BELLAY), se vieron obligados á abandonar el sitio de Marsella, después de haber perdido por las enfermedades veinte y cinco mil hombres, y el mismo Leyva, al volverse por Génova y Barcelona, fué blanco de la venganza de los campesinos.

Las armas del emperador no eran menos desgraciadas en los Países Bajos; la Hungría estaba invadida, y el reino de Nápoles asolado por las tropas del gran señor Soliman. En aquellas circunstancias, propuso una tregua el nuevo pontífice Paulo III, de la casa de Farnesio (1538). Aunque dueño Carlos Quinto de las minas de América, se encontraba continuamente escaso de dinero; las cortes de España no se lo concedían. Gante tomó las armas antes que someterse á un impuesto, y sus mal pagadas tropas se amotinaban en todas partes. Aceptó, pues, como un triunfo la tregua que se estipuló en Niza por diez años, y por la cual cada uno debía conservar lo que poseía.

Los dos reyes que se habían recíprocamente acusado con tanta animosidad de los mayores desafueros, pasaron varios días juntos en Aguas Muertas en la mayor amistad. Luego Carlos Quinto, que tenía prisa de ir á reprimir la sublevación de los ganteses, atravesó la Francia para abreviar el camino. El rey hubiera podido entonces, ó tomar la revancha de su prisión en Madrid, ó arrancarle las mejores condiciones: Carlos se asustó mucho, y se arrepintió de su confianza; pero Francisco I no cometió la bajeza de consentir en la traición que se le aconsejaba (19).

Consideraba Carlos Quinto los sentimientos magnánimos como una debilidad: acogido con los honores reales en la capital, cuyas llaves le presentaron parisienses, con el regalo de un Hércules de plata

(19) Triboulet, bufon de Francisco I, tenía la costumbre de escribir en su librito de memoria á todos los locos que encontraba. Consigné, pues, allí el nombre de Carlos Quinto. Habiéndole preguntado Francisco I el motivo, *Es, contestó, porque se espone á atravesar la Francia.—Pero si se le dejó atravesar sin causarle ningún daño?—Entonces borraré su nombre para sustituir el tuyo.*

del tamaño natural, violaba la hospitalidad procurando corromper á los cortesanos. Dijo á la duquesa de Etampes, querida del rey, que quería devolverle un anillo de gran valor que se le había caído del dedo: *Está en muy bellas manos*; y dió su palabra al mariscal Ana de Montmorency de ceder el Milanesado á un hijo del rey, con tal de que no se le hablase ya de ello mientras estuviese en Francia. Se le creyó, y la certe de esta nación le acompañó hasta San Quintin; pero habiendo el rey reclamado la ejecución de las promesas, Carlos Quinto se negó á ello, propuso ceder los Países Bajos á su hija Maria dándole por esposo al hijo segundo del rey, y en fin dió la investidura del ducado de Milan á su hijo Felipe.

Viendo Francisco I que la guerra era inminente envió embajadores para consolidar sus alianzas con Turquía y con Venecia (1541); pero fueron asesinados en el camino, sin que sin embargo se apoderasen de sus papeles. De repente se encontró Carlos Quinto asediado á la vez por tres ejércitos, por la parte de Perpiñan, por el Artois y por el Luxemburgo, mientras que la escuadra turca asolaba las costas é iba á atacar á Niza. Dió el duque de Enguien (1544) la principal batalla de Cerisoles que se dió después de ocho años de guerra, y la infantería creada por Francisco I se portó allí con honor; los imperiales fueron destrozados, todo el Montferrato fué tomado, y el Milanesado hubiera podido también ser ocupado si Francisco I no hubiera temido por sus propios Estados.

En efecto, indignábase la cristiandad al ver la media luna unida á las flores de lis (20); Enrique VIII y la Alemania se declararon contra la Francia que se encontró invadida por la Lorena y por Calais; marcharon los aliados sobre París, y nada los hubiera detenido, si la falta acostumbrada de dinero y víveres no lo hubiese verificado.

Paz de Crespy.—Entonces se hizo la paz de Crespy en Laonnais (1544), por la cual Francisco I renunció al dominio directo sobre Flandes y el Artois, como también á sus pretensiones á Nápoles. Se comprometió á restituir á la Saboya todo lo que le había arrebatado desde la tregua de Niza; Carlos Quinto renunció por su parte la Borgoña (21). Continuó aun Enrique VIII las hostilidades por espacio de dos años (1546), hasta que obtuvo á Bolonia como prenda de 2.000.000 que la Francia debía pagarle. De esta manera se resolvía esta querrela, siempre renaciente entre Carlos y Francisco, sin que ni uno ni otro sacase la menor ventaja de tantos desastres como los pueblos sufrían, y de este último conflicto que había espuesto á la Europa á una irrupción de los otomanos. Renunciando la Francia á sus pretensiones á la Italia, cu-

(20) El duque de Saboya hizo acuñar medallas con esta leyenda: *Nécea à Turcis et Gallis obsessa.*

(21) Las historias de Pablo Jove no llegan más que hasta este punto.